

rendido por facilitar el éxito de mi santo ministerio. Hay muchas comarcas donde es casi general esta práctica del ayuno, aun entre los trabajadores del campo. Muchos de ellos, en especial cuando trabajan á destajo ó en casa propia, prefieren parar á mediodía para poder dejar hasta el anochecer la única comida que hacen.

“Este espíritu de mortificación me proporciona frecuentemente ocasiones de edificación en el santo tribunal de la penitencia. Si me acontece imponer por penitencia algún ayuno que caiga en sábado,—Padre, suelen responder la mayor parte, yo ayuno todos los sábados.—Pues con ese ayuno basta para cumplir la penitencia que te impongo, les contesto frecuentemente. Pero rara vez se contentan. Si indicó el miércoles ó el viernes, suelo encontrarlos ya ocupados por otro ayuno de devoción. Hace poco tiempo que acababa yo de prescribir una buena obra semejante: me pareció que la penitencia estaba turbada.—¿Qué ocurre? le dije.—Padre, me respondió: hace tres años que no cómo más que una vez al día; ¿cómo he de hacer para cumplir el ayuno que Vd. me impone? Lo repito lleno de gozo: estos ejemplos no son raros entre nuestros cristianos (1).” Andemos con cuidado: estos cristianos nacidos ayer, podrán ser los jueces de los que hemos visto la luz en el suelo clásico de la antigua fé. De todos modos, admiremos la Providencia que escoge á estos fieles del Oriente para que con sus santas austeridades hagan contrapeso al sensualismo de Occidente.

El sétimo don del Espíritu Santo es el orden ascendente, es el de sabiduría; el cual es el último grado de luz y de amor antes de llegar á la vision beatífica, y abre los ojos del espíritu y sobre todo, las orejas del corazón á la luz y la

1. *Annales.*, n. 87, p. 87, an. 1843.

voz de la verdad. Nos hace ver á Dios, nos hace gustar á Dios, y nos trasforma en Dios completando nuestra filiación divina.

¿Quereis verlo en acción? Estudiemos la sétima bienaventuranza, ó sea, los actos beatíficos con que se manifiesta. Tomemos, por ejemplo, un indiferente, un incrédulo, uno de esos hombres cuya raza es hoy tan numerosa, que tienen ojos y no ven, que tienen corazón y no sienten las cosas sobrenaturales, un hombre, en fin, como el capitán de quien vamos á hablar: consideradle sometido á la acción del don de sabiduría y vereis un milagro.

Durante la larga travesía que hacían unos misioneros hácia remotas playas, donde iban en busca de almas para Jesucristo y del martirio para sí mismos, empleaban sus ocios en catequizar á los marineros jóvenes y prepararlos á la primera comunión. Todos los domingos se les decía Misa; pero el capitán del barco no asistía nunca. Ninguna señal, ninguna palabra suya dejaban entender que fuera católico.

Cuando he aquí que á la conclusión de cierta buena lectura, se le escapan de repente algunas palabras que revelan los combates de su alma. El Espíritu de sabiduría acababa de visitarla.

“Dios nos inspiró hacer una novena para obtener su conversión. La concluimos el día 3 de Junio. Pues bien, ese mismo día, á las nueve de la noche, en el momento en que, uno de los misioneros se paseaba sobre cubierta, el capitán se le acerca y con voz conmovida le dice: Tengo que pedirle á Vd. un gran favor.—Mande Vd. lo que quiera, respondió el misionero.—Quiero confesarme, no esta noche, que sería demasiado poco tiempo para disponerme; pero no ha de pasar de mañana. Con esto entraron en conversacion que



se prolongó hasta las altas horas de la noche. Al día siguiente, el capitán asiste á la Misa, que se celebró á pesar de no ser domingo. La tripulación no podía creer lo mismo que estaba viendo.

“Habíamos fijado la primera comunión para la festividad de la Santísima Trinidad; pero habiendo el capitán manifestado su deseo de comulgar, si era posible, con sus marineros, y queriendo disponer de más tiempo para prepararse á un acto tan augusto, accedimos con el mayor gusto á sus deseos. Entretanto, la vida del capitán era la de un apóstol: predicaba con la palabra y con el ejemplo. Una noche, cuando acababa de confesarse, cogió á un misionero y se puso á hablarle de las cosas de Dios; pero de una manera tan sorprendente, que el sacerdote quedó asombrado de oírlo.

“Otra vez la conversacion recayó sobre las posesiones demoniacas.—¿Cree Vd., dijo el capitán, que al presente hay también esa clase de posesiones del demonio?—Sin duda alguna, respondió el misionero, y en los países de infieles son muy frecuentes.—Lo mismo da, repuso el marino, ¡valiente chasco acabo de darle yo! ¡Cómo apretará los dientes en lo más hondo del infierno! Y al decir esto, dos gruesas lágrimas asomaron á sus ojos yendo á perderse en su gran bigote.

“Legó, por fin, el 19 de Junio. Este día fué sin duda uno de los más bellos de nuestra vida. Hubo comunión general. La cubierta del buque se había convertido en una iglesia. El techo y las paredes eran simples toldos, artísticamente colocados; el interior estaba tapizado de telas preciosas; el suelo cubierto de estera china, y el improvisado altar bien decorado con imágenes y cuadros: nuestra iglesia flotante era, si no magnífica, por lo ménos, pasaderamente

hermosa. Pero lo más bello de todo era el espectáculo que la tripulación presentaba. Los marineros, los oficiales, el capitán, todos estaban allí con sus trajes de fiesta en la actitud más devota. La dulce alegría del cielo se reflejaba en todos los rostros.

“Concluida la solemnidad, el capitán se arrojó al cuello de su confesor y le dijo: Los más felices momentos de la vida van siempre mezclados de amargura: pero hoy mi corazón está contento de todo á todo. No habríais podido ménos de derramar lágrimas al oír también las reflexiones de los marineros.—Ved ahí, decía uno de los más avanzados en edad, si ahora naufragásemos, lo mismo me importaría á mí morir, que comerme un bocado de pan.—Habiendo concluido la ceremonia en perfecta calma, comenzó á levantarse viento y la embarcación surcaba rápidamente las ondas.—¿Qué extraño es, gritó el timonero, que ahora andemos tanto? El buque se ha aligerado de un peso inmenso. Yo solo tenía más pecados que pesa todo el casco, y todos han ido á pique (1).”

Convertir á un cristiano indiferente é incrédulo en piadoso neófito y fervoroso apóstol, inundar de luz y de júbilo un corazón cerrado á todas las impresiones de la gracia, y en un instante; he ahí sin duda un milagro del don de sabiduría. Hacer de un antropófago un hombre, y de este hombre un hijo de Abraham, renovando su ser de arriba abajo, hasta el punto de hacerle detestar todo lo que amaba y amar todo lo que detestaba, y esto con invencible constancia; es otro milagro, igual, ya que no superior, al primero.

“Nuestros neófitos de Mangareva, por el mucho amor que tienen á su nueva fe, cantan por todas partes los dog-

1. *Annales.*, &c., n. 105, p. 102 et suiv.



mas severos del cristianismo en un ritmo bastante agradable, como en otro tiempo los rapsodistas cantaban las ficciones de Homero y los pescadores italianos los versos del Taso. Todos los años, al acercarse los días del Rey, los habitantes de cada una de las islas componen, á su modo, una especie de narracion ó exposicion de los pasajes del Evangelio que más les han llamado la atencion. A la redaccion de esta pieza literaria contribuyen todos, hombres y mujeres, segun la capacidad de su inteligencia ó los grados de su memoria. Concluido este trabajo, lo aprenden de memoria en toda la isla, á fuerza de repetirlo con un canto inventado adrede: Despues, cuando llega el día de la fiesta, todos los habitantes del archipiélago se reúnen en Manga-*reva* y cantan su *pei*, á la sombra de los árboles del pan y bajo la presidencia de los ancianos de cada isla. Reunidos así todos los habitantes, proclaman la idea que ha obtenido la victoria. Estos son los juegos florales de Manga-*reva*.

“Este pueblo, que al presente excita, por la inocencia de sus costumbres, la admiracion de todos los oficiales de marina, es el mismo que, antes de la llegada de los misioneros, hostilizaba á las embarcaciones que venian á visitarlo. Los habitantes estaban en guerra contínua aniquilándose mutuamente: eran antropófagos hasta el punto de que en cierta ocasion, despues de una lucha sangrienta entre dos partidos, quedaba un monton enorme de cadáveres, y en lugar de enterrar estas víctimas de la discordia, los vencedores las devoraron en un gran festin que duró ocho días. Muchos ancianos deponen todavía este hecho y muestran el sitio en que los cadáveres estaban amontonados.

“Tres años hace que ha muerto una mujer que se habia comido á sus dos maridos, muertos sucesivamente en tiem-

po de hambre. Las costumbres de estos insulares eran disolutas, como en toda la Oceanía. Se entregaban al robo quitándose unos á otros la recoleccion que habian hecho del árbol del pan, y hasta procurando pillar las embarcaciones que aportaban á sus playas. Hoy sus costumbres son por lo menos tan puras como los del mejor pueblo de Francia. El robo, vicio tan arraigado en el corazón de todo oceánico, ha quedado completamente extirpado en esta isla. Varios capitanes de buques mercantes han querido hacer la prueba: andando por estas islas dejaban caer al descuido algun pañuelo, navaja y otros objetos; y siempre ha resultado, que estas prendas eran presentadas y devueltas por el primer habitante que se las hallaba (1).” Tal transformacion ha obrado en este pueblo el espíritu de sabiduría (2).

Si el Espíritu del bien tiene su escala de deificacion, la gran mona de Dios, Satanás, tiene tambien su escala de degradacion. Conocemos ya la primera; pero importa que conozcamos igualmente la segunda. Al modo que en pintura son necesarias las sombras para que resalten los colores; así en el orden moral los errores y los males sirven para poner de relieve la verdad y el bien. Por lo mismo que Satanás tiene sus dones, tiene tambien sus falsas beatitudes. Cuando entra en un hombre por el pecado mortal, le comunica los primeros, y el desventurado esclavo suyo practica los actos falsamente beatíficos que de aquellos se derivan.

El primer don de Satanás es el orgullo, principio de todo pecado, como la humildad es base de toda virtud. La última palabra del orgullo es Aman colgado de un poste de cincuenta codos de altura, y Nabucodonosor transformado en

1. *Annales.*, etc, n. 143, p. 298, etc.

2. Acerca de las relaciones de los dones con las bienaventuranzas, véase San Agustín *De serm. Dom. in monte*, lib. n. 3-14.



bestia. El término en que viene á parar la primera beatitud satánica, es hacerse aborrecible de Dios y de los hombres.

El segundo don satánico es la avaricia. Su gran ejemplar es el rico perverso que murió y fué sepultado en los infiernos, y Judas vendiendo á su Maestro y ahorcándose despues. La última palabra de la segunda beatitud satánica es convertir al hombre en el más insensato y perverso de los nacidos. El más perverso: "No hay cosa más incua que el que ama el dinero, dice el Espíritu Santo. Porque este aun su alma tiene venal (1)." El más insensato: la vida que le fué dada para ganar el cielo, la consume en fabricar telarañas, frágiles tegidos que ni siquiera podrán servirle para sudario (2).

El tercer don de Satanás es la lujuria; el cual puesto en práctica, viene á dar de sí, entre mil inmundicias, los Salomones y los Sardanápalos, ahogados en la cloaca de sus costumbres. La marchitez del hombre en todo su sér, la ceguedad del entendimiento, la insensibilidad del corazon, la muerte impenitente, esto es en sus efectos generales la tercera bienaventuranza satánica.

El cuarto don de Satanás es la gula. El epicúreo coronado de rosas, que se prepara á morir, cantando el vino y el placer; Baltasar que llena á Babilonia con el ruido de sus festines, mientras los Medos están á las puertas de su ciudad; son la traduccion viva de la cuarta bienaventuranza satánica.

El quinto don de Satanás es la envidia. ¿Queremos verlo en accion? Cain matando á su hermano y los fariseos haciendo morir al Hijo de Dios; he ahí el término glorioso de la quinta bienaventuranza satánica.

El sexto don satánico es la ira. La hiena con las crines

1. *Eccl.*, x, 10.

2. *Is.*, LIX, 5, 8.

erizadas, la leona recién privada de sus cachorros, el puerco espin armado de sus puas, son los tipos á que se asemeja el hombre practicando la sexta bienaventuranza satánica.

El sétimo don de Satanás es la pereza. El chino que nos describen los misioneros, para el cual el mundo sobrenatural es como si no fuera, indiferente á todo, excepto á cuatro cosas, comer bien, beber bien, digerir bien y dormir bien, que no daría un céntimo por conocer una verdad más, y para quien la suprema sabiduría consiste en su indiferencia estúpida en materias religiosas (1), tal es la personificación de la sétima beatitud satánica.

De este vergonzoso y culpable marasmo, á donde lo ha conducido gradualmente, viene el Espíritu del mal á sacar al hombre á quien ha hecho bienaventurado segun el mundo, beatificándolo á su modo, cuando llega la terrible hora de llevarlo á las negras mansiones de su eterna bienaventuranza.

1. *Impius, cum in profundum peccatorum venerit, contemnt. Prov.*, XVIII, 3.